

Se abre por ejemplo al Tratado de Itaipú de 1973, firmado por el dictador Stroessner y el Brasil. O hace guiños al lector, ironía, cuando el Supremo le dice a Juan Robertson: «Armaré una flotilla de barcos cargados hasta el tope. Los pondré bajo su mando y usted no parará hasta la Casa Blanca, quiero decir hasta la Cámara de los Comunes, a presentar esos productos, sus credenciales y mis demandas del reconocimiento de la independencia y soberanía de esta República»⁹.

La mirada de Francia a la historia no sólo es contemporánea de su tiempo. Se proyecta hacia el pasado, en los orígenes, hasta las misiones jesuíticas y hacia el presente, actual, en la dictadura de Stroessner. *Yo, el Supremo* es una novela histórica y al mismo tiempo una historia novelada, una actualización del ayer en el hoy, donde los tiempos establecen una oposición dialéctica, una unidad en la narración, tras el combate de la historia con la fabulación. El pasado, encarnado en un personaje histórico (pero de ficción) se actualiza, mientras el presente, momentáneo, se historiza. El doctor Francia, viene del pretérito hacia el lector; mientras el general Stroessner es momificado, convertido en un personaje histórico, es decir muerto, aunque permanezca vivo. El Supremo, como un dios, es el señor del tiempo, maneja la historia a su antojo. Dice: «Yo no escribo la historia, la hago. Puedo rehacerla según mi voluntad, ajustando, reforzando, enriqueciendo su sentido y verdad». El discurso de Francia en la novela, sería el intento de hacer una historia modificada (manipulada) reescrita, según sus conveniencias. El papel del compilador, no con un discurso, sino con documentos, será devolver la historia a su sitio, separar la verdad de la falacia, criticar al dictador. Ya César era, además de un grandísimo escritor, un historiador interesado, preocupado por su imagen futura en las manos del lector. Francia, por el recurso de la novela, goza, no sólo de la posibilidad de criticar a sus contemporáneos, sino también de contrastar en el futuro sus proyectos, justificándose ante partidarios y detractores.

El Dictador habla desde la subjetividad de su yo, queriendo convertir su discurso en historia corregida e interesada. Es un esfuerzo inútil por convertir su «yo», absoluto, en un «él», objetivo. El compilador, por el contrario, desde la objetividad, aporta documentos ajenos, históricos, para contrastar y contradecir los argumentos de El Supremo. En este juicio de la literatura el Dictador permanece solo frente a las múltiples argumentaciones de sus adversarios, puestas de manifiesto por el compilador. Francia, con la perspectiva del tiempo, situándose en su época, en el período anterior y en el presente, intenta justificar lo inexcusable, la dictadura como algo natural: «El Supremo es aquel que lo es por su naturaleza. Nunca nos recuerda a otros salvo a la imagen del Estado, de la Nación, del pueblo de la Patria». Francia no se siente dictador por la gracia de Dios; él mismo se considera Ser Supremo (en el culto a los mitos de la Revolución Francesa, aunque discrepa): «Tampoco se me antojó crear el culto al Ser Supremo, que algunos débiles gobernantes tienen que entronizar en los altares abriendo el paraguas de la protección para el mañana. El Dictador de una Nación, si es Supremo, no necesita la ayuda de ningún Ser Supremo. El mismo

⁹ Los hermanos Robertson, Willian P. y John P., escoceses, fueron los primeros británicos en visitar Paraguay. Tuvieron licencia para hacer transacciones comerciales, pero más tarde fue rescindida por el Supremo.

lo es». En el paralelo establecido entre el doctor Francia y Robespierre aquél se muestra más extremo, más jacobino, en lo que se refiere a la religión y a otros problemas de estado.

José Gaspar Rodríguez de Francia iba para cura. Se torció su vocación religiosa por su destino como reformador político o déspota. En 1780 marchó a la Universidad de Córdoba de Tucumán donde cursó la carrera eclesiástica. Como circunstancia interesante para su educación, cabe señalar lo siguiente: el centro era dirigido por franciscanos en lugar de jesuitas, más abiertos aquéllos a las nuevas corrientes del pensamiento. José Gaspar alimenta sus ganas de saber con lecturas de Voltaire, Montesquieu y principalmente Rousseau, que será su principal mentor. En 1785, Francia se doctoró en Sagrada Teología. Recibió las órdenes de subdiácono pero no prosiguió su carrera eclesiástica.

De vuelta a la Asunción, José Gaspar ejerció primero de profesor en un colegio. A causa de sus ideas liberales fue destituido. Protestó Francia y propuso que se le abriera una información sobre su conducta, pero en vano. Ante la inutilidad de sus quejas, se dedicó a la abogacía. La experiencia eclesiástica y pedagógica pudo ser determinante para su vida posterior de reformador público y dictador. Promulgó el *Catecismo Patrio Reformado*, protegió la Iglesia Nacional, en una actitud más cercana al protestantismo o la religión anglicana que al deísmo, dedicado al Ser Supremo o al culto de la razón. Francia, era un gran admirador de Napoleón y sabía que la religión utilizada era provechosa para la república. El Supremo reformador de todo lo humano y divino, lo es también de la iglesia. Limpió los conventos y los transformó en cuarteles. «Respeté los sacramentos. Destituí al obispo demente». «Pues aun cuando el Gobierno ha dejado de ser católico debe seguir respetando la fe religiosa, con tal que sea honrada, austera, sin malicia, sin hipocresía, sin fanatismo, sin fetichismo».

Francia define a Dios del siguiente modo: «Dios es quien es definitivamente. El demonio lo contrario». También es una definición del Dictador Perpetuo. El Supremo se siente Dios, capaz de dominar el tiempo y contradecir a sus enemigos presentes y futuros. Francia no cree en el Dios de la Iglesia Católica, cree en sí mismo.

Aun habiendo dejado la carrera sacerdotal, el doctor Francia vistió con ropas eclesiásticas hasta 1790, fecha en la cual colgó los hábitos y se dio a una vida de disipación, aventuras galantes, orgías y juegos, tan contraria a su etapa anterior¹⁰, hasta que una enfermedad le obligó a cambiar de nuevo, encerrándose en una biblioteca donde estudiaba astronomía. Estas oscilaciones, tan radicales, podrían explicar los extremos de su carácter. Ya en el poder, se aislaría, completamente en su palacio, viviendo en soledad como un cartujo, condición tan próxima a otros dictadores de la historia y la novela hispanoamericana¹¹. «Nadie se sumergió con devoción tan inflexible como aquel estupendo doctor José Gaspar de Francia, que pasó allí veintiséis años, alejado del mundo y de la vida sin escuchar sino los ecos de sus propias voces en los silenciosos rincones del corazón»¹². Vive como un dios antiguo, lejano y temido. En la soledad tiene su espacio protegido, su reino de este mundo. La realidad

¹⁰ Véase la biografía de Julio César Chaves *El Supremo Dictador*, Gráficas Yagués, S. L. Madrid 1964.

¹¹ Están los otros dictadores, véase la proximidad con El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez.

¹² Véase Fulgencio R. Moreno. *La Ciudad de la Asunción*, cap. XX, citado por Julio César Chaves.

enmarca al personaje único, digno de novela o drama. El dueño de su Estado o de su mundo como tantas veces ocurre a los dictadores, es el prisionero de sí mismo, sometido a las precauciones y a las manías. El gran hombre, tan temido fuera de los muros del palacio, es, en la soledad de su prisión voluntaria, un fantasma enajenado, un pobre hombre, sometido a las necesidades más perentorias. «Su existir está lleno de soledad; nadie se mueve en su círculo: ni amantes, ni parientes, ni amigos. A nadie se liga, a nadie escucha, a nadie quiere»¹³. Con frecuencia, el mejor amigo de los dictadores es un caballo o un perro (Sultán), como ocurría con Francia.

La dictadura es una patología de la convivencia social. Ninguna dictadura puede justificarse al servicio del pueblo. Ni la de Robespierre, ni la de Francia, ni la de Stalin. Las dictaduras del «Incorruptible», del «Supremo» o del comisario del proletariado son otras tantas imposturas. No hay otra forma de gobierno libre, responsable, digno con los ciudadanos que la democracia. La dictadura es una enfermedad política, transitoria o duradera, según la historia de cada país. En Paraguay, la dictadura ha sido casi un estado permanente de ocupación del poder, de usurpación, desde el doctor Francia hasta el general Stroessner. Si la dictadura es una enfermedad pública, ¿cabe alguna patología en la personalidad del dictador? Julio César Chaves recoge el informe de los biógrafos de Francia y escribe que «poseía un carácter extraño y variable. Era raro, lunático, misántropo. Ramos Mejía le dio un lugar en *Las Neurosis de los Hombres Célebres en la Historia Argentina*. Sufrió constantes ataques de neurastenia»¹⁴.

En *Yo, el Supremo* de Roa Bastos hay una confrontación dialéctica entre el discurso del dictador y los documentos del compilador, sustentada en la biografía y la historia, recreada en la ficción. Y hay también una meditación sobre la dictadura, omnipresente en Paraguay, desde los años de Francia a los días del general Stroessner. Francia aspiraba a la Dictadura Perpetua, en el poder absoluto, único y en el tiempo. Este plan, desmesurado, no podía cumplirlo en su vida, sino en la proyección histórica, en la eternidad humana que es el tiempo total. Los planes de Francia se prolongan a obras que se realizan en otras épocas, hasta en la contemporaneidad de la dictadura de Stroessner. *Yo, el Supremo* es una novela sobre Francia y el poder absoluto, una ficción y una reflexión crítica.

Francia es un dictador excepcional. No proviene de la milicia sino que es un hombre de estudio. No asciende al poder por una conspiración o por un golpe militar sino por el voto de las asambleas libremente elegidas.

Ya Sarmiento había hecho notar que «no es un bárbaro criado en las estancias, en los suburbios de la civilización como su imitador Rosas; es un hombre educado, es un hombre de letras». Francia admira a Napoleón, pero no es un militar de fortuna o golpista, deseoso de gloria. Ha sido seminarista, profesor, abogado. Es un lector de Voltaire y de Rousseau, un hombre de revolución, de Estado, que intenta llevar a la práctica las ideas del siglo de las luces. El autoritarismo desmedido, el terror impuesto a sus enemigos, sobre todo a partir de la conspiración de 1820, elevarán

¹³ Julio César Chaves, op. cit., pág. 206.

¹⁴ Julio César Chaves, op. cit., pág. 211.